

Wolfgang Iser

RUTAS DE LA INTERPRETACIÓN

Prefacio

En este libro pretendo analizar con mayor detenimiento el acto de la interpretación, en especial porque existe una opinión muy extendida de que tal actividad se presenta en forma natural. Sin embargo, lo que no se presenta naturalmente son las formas que adopta la interpretación; así, su análisis será el objetivo principal de esta obra. Una anatomía de la interpretación es de lo más pertinente ahora que presenciamos un florecimiento de sus géneros, de modo tal que la interpretación no se identifica ya con la hermenéutica, como sucedía en el pasado. En cambio, la hermenéutica es tan sólo un género sobresaliente que básicamente se aplica a textos que están abiertos al entendimiento. No obstante, cuando se trata de interpretar algo que no es textual ni está escrito, como la cultura, la entropía o incluso lo inconmensurable, los procedimientos de interpretación varían. El propósito fundamental de los siguientes capítulos es destacar estas variaciones.

En la “Introducción” se aborda en forma breve el campo de la interpretación con el fin de centrarnos en las tendencias y determinaciones principales que tienen en común los diversos géneros, a saber: constituir actos de traducción que vierten una cosa en otra.

El capítulo I, “La autoridad del canon”, se refiere a la expansión de la interpretación dentro de la tradición rabínica, en la cual el comentario sobre el canon debía traducir el texto sagrado en forma que incidiese en la vida de la comunidad. La lectura de la Tora abre un espacio entre el texto y su exégesis, que hace que la autoridad del texto oscile entre el canon y su lectura. Tal desplazamiento es de lo más obvio en la tradición del canon secular, en que el comentario pretende arrogarse una autoridad propia al indicar cómo debe leerse al autor canónico. La exposición del doctor Johnson sobre Shakespeare sirve como ejemplo.

El capítulo II, “El círculo hermenéutico”, se dedica al ascenso y desarrollo de la hermenéutica moderna y alude a lo que quedó eclipsado en la tradición de los comentarios, es decir, el franqueamiento del espacio que se abre -mediante el acto de interpretación- entre lo que se va a interpretar y la forma que adquiere lo interpretado. Para hacer frente a un espacio así se necesita una técnica que lo salve, y a

este reto respondió Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher (1768-1834) –el hermeneuta moderno más importante- con lo que desde entonces se denominó *círculo hermenéutico*. Sin embargo, Schleiermacher tenía en mente una aplicación específica del círculo: acometió la empresa de comprender a un autor mejor de lo que éste se comprendía a sí mismo. Para lograrlo, debía poner en operación un movimiento circular entre la gramática del autor y su psicología. Si el centro de atención de la interpretación gramática es el sistema de lenguaje que actualiza el autor, la interpretación psicológica destaca la manera en que se emplean las herramientas que proporciona la gramática; esto permite al intérprete saber cómo piensa el autor. Un círculo así necesita relacionarse con el método de percepción intuitiva y el de comparación. A partir de una corazonada inicial, el método de percepción intuitiva comprende la individualidad de un autor al enfrentar lo que es ajeno al intérprete; el método comparativo después controla la corazonada en la medida en que el autor, al ser representante de un tipo determinado, se compara con otros del mismo tipo. De este modo surge una red que se pretende salve la brecha entre el texto de un autor y su comprensión.

La circularidad tiende a complicarse cuando el tema que se estudia no es un texto que un autor haya producido para que se comprenda mediante su presentación. Surgió tal cuestión por sí sola para Johann Gustav Droysen (1808-1884), quien -como uno de los grandes historiadores de su siglo- trató de comprender la historia, que para él se trataba ya no de un texto escrito por un autor, sino de uno que estaba por construirse a partir de un amasijo de fragmentos, mediante el cual el pasado se extiende hasta el presente. Así, la tarea de la interpretación tiene dos caras: debe constituir el tema que se estudia y proporcionar el entendimiento de lo que se constituyó. Tal complejidad agregada se enfrenta con una multiplicación de círculos. Éstos operan no sólo entre los remanentes discernibles del pasado, sino asimismo entre la construcción interpretativa de la historia y una humanidad destinada a percibirse en el espejo de sus acciones.

El círculo hermenéutico de nuevo se concibe en modo distinto cuando el objetivo ya no es algo dado, sino algo oculto que se debe sacar a la luz de la comprensión. Éste es el caso del psicoanálisis. Droysen trabajó con hechos observables del pasado con el fin de detectar sus relaciones eclipsadas, pero la situación cambia de manera drástica cuando algo oculto se muestra con otra apariencia. Lo que revela el paciente debe vincularse con lo que esta revelación debe ocultar. En tal movimiento de atrás hacia adelante, el círculo hermenéutico opera en espirales (*loops*)* transaccionales, debido a que

* En Douglas F. Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach: An Eternal Golden Braid*, se habla de “bucles” (*braids*) para referirse a lo que otros autores denominan “rizos”, “espirales” o “giros”. En su momento se citarán las fuentes correspondientes. [T.]

lo que se traduce mutuamente nunca se ve por completo, sino cubierto de símbolos. Puesto que no existe una referencia externa para tal procedimiento, este proceso de espirales sólo puede ponerse a punto mediante un escrutinio constante de lo que las espirales transaccionales hacen tangible. Así, la interpretación, gracias al sistema de ensayo y error que estructura las espirales transaccionales, adquiere un carácter autocorrectivo. No existe ya una brecha que deba salvarse entre el tema de interpretación y la comprensión en la que se traduce; en cambio, se abre un abismo, que de este modo transforma el círculo hermenéutico en espirales transaccionales.

El modo en que se ofrece el tema al acto interpretativo preconditiona esta reconcepción. Es por completo distinto si el tema está presente, si debe elaborarse o si debe sacarse de su escondite. En cada uno de estos casos, la brecha entre lo que se interpreta y el registro al que se traduce es de una dimensión distinta y repercute en el método para remontarla. El círculo opera como una retransmisión cuando el tema está presente (Schelermacher), se transforma en un conjunto de círculos cuando el tema debe elaborarse (Droysen) y deviene espirales transaccionales cuando el tema debe sacarse a la luz. Cuanto más amplia sea la brecha, más complicado tenderá a convertirse el círculo.

El capítulo III, "La espiral recursiva, destaca un desplazamiento decisivo en la diferenciación genérica de la interpretación. Si es verdad que la interpretación -más que nada una forma de traducibilidad- depende de lo que se interpreta, debe ser distinta cuando se ocupa de las maneras en que la entropía se traduce en control, en que lo aleatorio se transforma en lo que es central, en que la reciprocidad en gran parte intangible de la hominización y el ascenso de la cultura se transforman en lenguaje conceptual, y en la manera en que se traducen las culturas o grados culturales en términos que permitan un intercambio entre lo que es ajeno y lo que es conocido. Este capítulo inquiere sobre el procedimiento interpretativo tanto en el discurso etnográfico, que se dedica sobre todo a la elucidación del ascenso de la cultura, como en la teoría de sistemas, que se ocupa de la autoorganización de sistemas como su modo principal de operación. Lo que tienen en común los paradigmas elegidos es que no son textuales ni están escritos; por tanto, el tema por interpretar exige una reinstrumentación de técnicas interpretativas.

La espiral cibernética forma el procedimiento interpretativo del discurso etnográfico, que desarrolla como intercambio entre entrada y salida, en el curso del cual se corrige una predicción, una anticipación o incluso una proyección, en la medida en que no encaja con lo que se pretendía. En consecuencia, hay -al menos en potencia una corrección dual: la acción hacia adelante regresa como una espiral de

“retroacción”^{*} alterada, que a su vez acciona una entrada revisada. Esto se aplica a la variedad completa del aprendizaje, desde las máquinas hasta el comportamiento humano, todo lo cual se regula de acuerdo con la fórmula básica de Norbert Wiener de que la espiral recursiva “ajusta la conducta futura a la representación pasada”. El discurso etnográfico de Clifford Geertz ejemplifica tal procedimiento. Demuestra hasta qué punto sólo se puede hacer frente a la apertura de la brecha de la información entre la hominización y el ascenso de la cultura en términos de recursividad (*recursion*) entrada/salida. Al mismo tiempo, este mismo procedimiento también estructura la estrategia explicativa de Geertz del análisis cultural, “descripción gruesa”, que se concentra en la brecha entre lo que está manifiesto y lo que está implícito en los signos culturales que los etnógrafos van a observar. Opera como un movimiento recursivo entre lo manifiesto y lo implícito, y debido a que no hay una referencia dada para esta transformación mutua, tal intertransformación se lleva a cabo en una iteración continua entre entrada y salida. Así, la iteración funciona como referencia para la espiral recursiva, que se inscribe en una gama siempre en expansión de descripción gruesa.

De la misma forma en que el círculo hermenéutico se remodeló para las tareas variables que debía desempeñar, ocurre algo parecido con el bucle o espiral de retroacción de entrada/salida cuando el tema difiere del interés de los etnógrafos. Este cambio de paradigmas se observa en lo que se denomina Escuela de Santiago de Teoría de los Sistemas, de la cual Francisco Varela es un representante importante. Al concebir la forma en que operan los sistemas corporales -el nervioso o el inmunológico, por ejemplo- o los sociales, la recursividad demuestra su calidad como herramienta interpretativa. Un sistema es una organización autorregulada que se mantiene mediante espirales de retroacción. Las interacciones recursivas entre grados, componentes y procesos del sistema dan por resultado una red de interconectividad mutua, que conserva específica su función al hacerlos seleccionar en forma recíproca entre sí y al permitir que se afecten entre ellos. Este tráfico de doble sentido opera como una conversación mediante la cual un intercambio de información se diferencia de manera continua. Esta incesante recursividad interna proporciona el cierre del sistema, en especial porque no hay un medio externo que lo haga. De este modo, la recursividad del sistema es su clausura. Además, la recursividad indefinida es también instrumental en la generación de lo que es absolutamente vital para el sistema: su automantenimiento. Así, el aspecto dual del bucle de retroacción nos permite concebir el servomecanismo mediante el cual un sistema autónomo se sustenta a

^{*} Equivalente a *feedback*. Véase H. G. Gadamer, G. Durand, J. L. Aranguren, E. Trías et al., *Diccionario de hermenéutica*, 2ª ed., Universidad de Deusto, Bilbao, 1998. [T.]

sí mismo.

Esto otorga un carácter especial de recursividad a la concepción entrada/salida de la espiral de retroacción, pues no existen puntos fijos en el sistema autónomo entre los cuales tenga lugar tal intercambio con el propósito de adquirir control. En lugar de esto, la recursividad indefinida que organiza la conversación entre grados y componentes con el fin de generar el automantenimiento del sistema debe reaccionar ante las perturbaciones ambientales, en especial debido a que los sistemas tienen otros sistemas a sus alrededores. Sin embargo, una perturbación no es una entrada que un sistema autónomo necesite para su automantenimiento; más bien, desata una operación compensatoria dentro del sistema mismo, y esto sucede mediante una remodelación recursiva de la organización de este último.

En ese momento, el registro al que se transforman las estructuras de los sistemas de otro modo impenetrables se traslada al tema mismo. Sin embargo, es necesario salvar el espacio que se abre en virtud de cualquier acto de interpretación, y Varela divide su registro en componentes operacionales y simbólicos, de modo que los primeros destacan una operación recursiva del sistema, y los segundos, la comprensión epistemológica de lo que la recursividad parece revelar al observador.

En el capítulo IV, “El diferencial ambulante. Franz Rosenzweig: *The Star of Redemption*”, se delinea un género de interpretación que se desarrolla cuando las inconmensurabilidades, como Dios, han de transformarse en cognición. Una traducción de esta clase no puede incluir a Dios dentro de marcos de referencia de ningún tipo de convencimiento, pues todo marco así se encuentra fuera de lo que se va a determinar, y conceptualizaría a Dios de acuerdo con creencias ya existentes o con nociones preconcebidas. En consecuencia, lo inconmensurable debe desdoblarse desde su interior mismo con el fin de que exprese su apariencia probable. Para esta tarea, Rosenzweig recurrió a lo diferencial, que en lo fundamental se trata de una operación de realización, y de este modo es en particular adecuada cuando se trata de concebir la realidad, la continuidad o el infinito. Estos términos tampoco pueden conceptualizarse desde posturas ajenas a sí mismas, como se implicaría si se les confiriese predicados a los que pudiesen no ser idénticos. Puesto que lo diferencial -o el cálculo infinitesimal, según lo concibió Leibniz- opera como un principio de comprensión, no puede tomarse como una entidad; en cambio, divide lo que se va a percibir en una secuencia de segmentos limitados, desplegándolo de este modo como una transición entre sus escisiones independientes. El modo operacional de lo diferencial es así de carácter dual: aquí como en todo lugar el movimiento del incremento infinitesimal disecciona la inconmensurabilidad de Dios, en términos de Rosenzweig, en una serie incesante de escisiones finitas, y lo presenta de esta forma

como una transición entre sus divisiones. En sus propias palabras, lo “infinitesimal” toma prestadas “todas las características de la magnitud finita, con la única excepción de la magnitud finita en sí”. Al iniciar y conducir un movimiento, lo diferencial funciona como una operación delimitadora, que permite a Rosenzweig traducir la esencia de Dios en una comprensión autorrepresentadora. El incremento infinitesimal como movimiento obtiene su impulso de la vinculación de lo que se separó, fundiendo de ese modo sin cesar una escisión en otra. Así, la esencia de Dios es una presencia dada como una autodiferenciación infinita, que se transforma en una autoespecificación continua del mundo y de igual manera en las configuraciones cambiantes del yo humano.

En el capítulo V, “Configuraciones de la interpretación: un epílogo”, se ofrecen algunas conclusiones del análisis de los paradigmas individuales de la interpretación. En aras de este análisis, los capítulos precedentes a éste pretenden destacar las distinciones entre hermenéutica, cibernética y comprensión diferencial, como tipos de interpretación. No obstante, la diferencia en sus modos operacionales no es de ninguna manera rígida, y de hecho el círculo hermenéutico, la espiral recursiva y el diferencial ambulante se funden entre sí siempre que se da la interpretación. Lo que otorga tanta importancia a su interacción es la necesidad de llenar el espacio liminal que abre todo acto de interpretación. El espacio es liminal porque demarca el tema respecto del registro y por ende no es idéntico a ninguno. El juego entre los modos resulta ser la zona de interacción mediante la cual se remonta el espacio liminal y de donde surge algo. Por ende, la interpretación no es tanto una explicación cuanto una representación: hace que suceda algo. Esto genera una pregunta final: ¿por qué nos enfrascamos continuamente en producir algo mediante la interpretación? La posible respuesta debe buscarse en nuestra composición antropológica.

El apéndice consta de dos ensayos que se relacionan en forma directa con el problema que se esbozó en los capítulos precedentes, en tanto cada uno de ellos intenta determinar la cualidad representativa de la interpretación. Una versión abreviada del ensayo sobre Carlyle fue parte integral de las conferencias en la Wellek Library. Mi propósito fue mostrar el mecanismo de un discurso transcultural que opera en forma recursiva como una organización (o puesta en escena) de culturas diferentes en condiciones mutuamente extrañas. El ensayo sobre Pater habla de los modos de traducibilidad dentro del discurso mismo cuyas capas se envuelven de manera continua entre sí, para generar así sugerencias siempre nuevas a partir de lo que se dijo.

Una versión preliminar de este libro sirvió en la primavera de 1994 como una de las conferencias en la Wellek Library, en la University of California, Irvine. Estoy muy agradecido con el Critical Theory Institute

por honrarme con su invitación a formar parte de esta serie. Debo dar las gracias en particular a los profesores Gabriele Schwab, J. Hillis Miller y Alexander Gelley por sus brillantes introducciones a las conferencias, y también a mis muchos colegas y estudiantes por sus estimulantes comentarios en las discusiones subsecuentes, que me advirtieron del trabajo que faltaba por hacer.

El proyecto de analizar la interpretación nació en un taller sobre instituciones de interpretación que organizamos Sanford Budick y yo gracias al patrocinio de la German-Israeli Foundation of Research and Development y de The Center for Literary Studies, en la Hebrew University, en Jerusalén. Las reuniones, efectuadas en 1988 y 1991, produjeron dos publicaciones: "Institutions of Interpretation", en *New Literary History*, 22, núm. 1, invierno de 1991, y *The Translatability of Cultures: Figurations of the Space Between*, Stanford, Stanford University Press, 1996. Los intercambios escolares que tuvieron lugar durante este taller demostraron ser muy estimulantes y tuvieron repercusiones duraderas en mis ideas.

Una invitación por parte del Institute of European and American Studies en la Academia Sinica, en Taipei, República de China, me dio la espléndida oportunidad de ensayar las conferencias antes de pronunciarlas en Irvine. La presentación de ideas básicamente occidentales a un público no occidental me obligó a considerar el horizonte y la eficacia de un discurso transcultural en el encuentro entre culturas diferentes. Agradezco mucho esta experiencia, en particular al doctor Shan Te-hsing, quien no sólo organizó la visita sino que también habló largamente conmigo del problema de la manera en que deben concebirse las relaciones interculturales.

Por último, pero no menos importante, vaya mi sincera gratitud a mi amigo David H. Wilson por pulir, con paciencia, mi inglés.